nube densa y oscurísima de tantos escritores inmorales ó impíos, creo que con mucha verdad y sin modestia pudiera decir aquello del Profeta: *non cognovi litteraturam* (15). En nuestro Padre Santo, en León XIII, resucita el siglo de Augusto, la edad de oro de la sabia lengua de la Iglesia! Leed y examinad sus discursos tan variados y tantos, leed y examinad sus cartas á todo el orbe católico, estudiad y analizad una sola de sus inspiraciones poéticas—el himno á San Herculano Mártir; y hallaréis sin duda en ellos la pureza de dicción de un Lactancio, el número y cadencia de un León Magno, la lógica inflexible de un Agustín, el fuego y animación de un Crisóstomo, la fuerza y energía de un Cipriano, la ternura y suavidad de un Bernardo, la profundidad y precisión de un Boecio. Padre Santo! perdonad á este último hijo de la Iglesia el haber llamado vuestro elevado espíritu y sublime inteligencia al terreno humilde de la literatura, para examinarlos en él: muy tardo soy, y no puedo seguiros en vuestros más altos vuelos: pero recordad que nuestro libro divino–la Biblia,–desafía también con gloria al mundo literario, presentándole inmortales tipos de belleza en los profundos discursos de Job, en los arranques líricos de David, en la arrebatada elocuencia de Isaías, en los acentos de sublime dolor de Jeremías, en la riqueza y abundancia de Ezequiel, en la sublimidad y sencillez de nuestros Evangelios. Entre tanto, vosotros hijos acariciados de la musa cristiana! vosotros, amantes de las bellas letras, desceñid vuestras guirnaldas, tomad vuestras palmas, y arrojadlas á los pies de ese Anciano Venerable, de ese Padre común de los creyentes, de León XIII, á quien coros angélicos miran con celestial sonrisa, y le señalan diciendo á los católicos: "Hijos de Sión, alegráos y regocijáos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un Maestro y un Doctor: *Lumen in cœlo! Exultate, et lætamini in Domino Deo vestro, quia dedit vobis Doctorem*".

II

Sí, señores, Dios nos ha dado un Doctor, y no como quiera; nos ha dado un Doctor de la justicia, *Doctorem justitiæ*. Os dije que yo desafiaba con León XIII á todos los sabios y filósofos de nuestro siglo. Pero ¿y qué es Filosofía? Veinte años ha que la obediencia religiosa me ha tenido enseñando esta ciencia en varios colegios dirigidos por el cuerpo á que pertenezco: ¿y queréis que os diga con franqueza una cosa? Pues un profesor de veinte años no puede definiros qué cosa sea Filosofía fuera de los horizontes católicos. Y cuenta que no he dejado de leer algo, y observar mucho más. He observado que los filósofos gentiles, que no pecaron de ingratitud con respecto á la Revelación de Cristo, fueron muy más razonables, al menos en sus escritos, que los que en la era cristiana se llaman filósofos emancipados de la tutela de la Iglesia. No me maravillo de esto; porque *corruptio optimi pessima*. La corrupción de la razón humana después de enriquecida con los tesoros de las divinas enseñanzas debe ser naturalmente monstruosa .... Pero ¿qué es filosofía? insistís. Un publicista español, queriendo definir ese cúmulo indigesto de patrañas y mentiras sociales, políticas y religiosas, que suelen llamar *liberalismo*, emplea más de medio libro en preliminares y preparativos, divisiones y subdivisiones, escolios y advertencias, y al fin concluye diciéndonos, poco más ó menos, que no se puede definir. No es suya la culpa: eslo del error. Lo mismo me sucedería, y con más razón, si pretendiese describir la Filosofía fuera de los confines de la Iglesia. De hecho, notadlo bien, de hecho la razón humana fuera de la Iglesia, apenas tiene un criterio perfecto de verdad. De tal modo conquistó Cristo el entendimiento humano, de tal modo es Cristo Sol de las inteligencias, que muy especialmente desde que este Sol radiante padeció un momentáneo eclipse en el Calvario, para luego iluminar todos los siglos en el medio día de la Fe; ningún hombre puede cerrar voluntariamente sus ojos á esa luz esplendorosa sino para su ruina .... Ahora sí puedo deciros algo. ¿Sabéis que es Filosofía anticristiana, anticatólica, descreida? Pues es el laberinto de Creta, la confusión de Babel; es, señores, nuestra provincia de Imbabura al día siguiente después del terremoto de 1868; es aquel Día-Noche, horrendo y pavoroso, improvisado por la última erupción de nuestro Cotopaxi; es París incendiada por el petróleo de la Comuna, y pisoteada por la planta orgullosa de un triunfador soberbio; es la razón humana en naufragio y la sociedad en putrefacción completa. ¿Pensáis que exagero? Nada de eso. Traedme acá ese libro inspirado del Apocalipsis. Leo. (Cap. 13.) "Y ví "una bestia que subía del mar, la cual tenía siete cabezas

(15) Ps. 70, v. 15.

"y diez astas, y sobre esas diez astas diez diademas, y en "las siete cabezas había escritos nombres de blasfemia. Y "la bestia que ví era semejante á un leopardo: sus pies eran "como los pies de un oso, y su boca como la de un león; "y el dragón prestóles su fuerza y gran poder. Los hom-"bres adoraron al dragón que tal poder había dado á la "bestia; y adoraron también á la bestia diciendo: ¿quién "hay semejante á la bestia, quién puede medirse con ella? "Diósele también á esa bestia una boca muy grande para "que se desate en blasfemias rimbombantes .... y abrióla, "y comenzó á blasfemar contra Dios, contra su santo nom-"bre, contra el templo y contra todos los moradores del "cielo. Declaró guerra á los santos, y venciólos; y fuéle "dado poder sobre todas las tribus y lenguas y pueblos y "naciones, y adoraron á la bestia todos los habitantes de "la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de "la Vida, en el libro del Cordero que fué sacrificado des-"de el origen del mundo .... El que tiene oidos para oir, "oiga...." No hay libro más misterioso que el Apocalipsis; he leído tres ó cuatro grandes interpretaciones; más, á decir verdad, ninguna de ellas me ha plenamente satisfecho, por una razón: porque tratan de concretar demasiado, y de aplicar más ó menos razonablemente á hechos singulares, lo que es de suyo más universal y extenso en el tiempo y en el espacio. Paréceme que San Juan en el Apocalipsis escribe anticipadamente la historia universal del mundo y de la Iglesia, desde los primeros días hasta la consumación de los siglos. De aquí es que sus visiones, sus imágenes, sus locuciones, en su mayor parte, hablan con todos los siglos y con todos los hombres. Esto supuesto, en la lucha eterna que deben sostener la Iglesia y la Verdad, ¿qué es lo más universal y extenso? Si las ideas gobiernan el mundo, nadie me negará que el mas formidable adversario de la Iglesia y de la Verdad es la Filosofía descreída; ésa es la bestia del Apocalipsis, ésa es la bestia que tiene una boca muy grande para vomitar blasfemias en estilo seductor y bombástico; ésa es la bestia inspirada y sostenida por el dragón infernal, para hacerse adorar de los necios y multiplicar sus prosélitos. Qué horror, Dios mío! ¿Quién entiende el guirigay de Kant? quién el *Yo* de Fichte? quién el *absoluto* de Hegel, las *transformaciones* de los panteístas, el *Ente simpliciter* de los ontólogos, las teorías del *progreso indefinido?* Y sin embargo, escuchad el ruido que meten en el mundo; escu-

chad los estrepitosos aplausos y aclamaciones con que premia el mundo á los adoradores de la Bestia. Nadie los entiende, y los celebran todos. Es este un prodigio verdaderamente infernal: sube un orador católico al púlpito, predica el Evangelio, la verdad desnuda; y porque todos le entienden, poco es el caso que de la verdad se hace: sube un filósofo descreído á la tribuna, murmura no sé cuantos altisonantes acertijos; y porque nadie le entiende, le celebran todos, y conquista en breve alta reputación y alto renombre! Así es como los hombres injustos cargan de cadenas á la Verdad, y la retienen en bárbaras prisiones! (16). Señor Dios de Verdad, hasta cuando? Levántate, juzga ya tu causa! (17).

Y oyó Dios los gemidos de la Iglesia. Hijos de Sión, alegráos y regocijáos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un Doctor de la justicia. León XIII, el Maestro universal del mundo, es el Gran Juez de la causa de la Verdad, y el Ayo fidelísimo de la Razón. *Lumen in cœlo!* Hoy celebramos, señores, un documento verdaderamente inmortal de divina Sabiduría, emanado de la Santa Sede el 4 de agosto de 1879, que ha conmovido á todo el mundo filosófico: hablo de la famosa Encíclica *Aeterni Patris.* Ella es, en mi concepto, su único y justo elogio. Ya pueden los oradores apurar todos los recursos de la elocuencia en su recomendación y alabanza: la Encíclica *Aeterni Patris* es superior á todas ellas. Si no se la lee, si no se la estudia y medita profundamente, es imposible tener de ella una cabal idea. ¡Qué lecciones, Dios mío, tan profundas y luminosas! qué erudición tan abundante y rica! qué penetración de espíritu! qué firmeza y vigor de raciocinio! qué precisión en los deslindes, qué destreza en la alianza de la razón y la fe! qué maravillosa perfección en el conjunto! Señores, yo no puedo decir otra cosa de la Encíclica *Aeterni Patris*, sino que un Angel se la dictó á León XIII!

Os he hablado de enseñanzas luminosas y profundas? Hé aquí algunas.—"La Iglesia fundada por Cristo es la "común y suprema maestra de los pueblos. En consecuen-"cia debe ella ejercer su magisterio, enseñando la Religión "y luchando perpetuamente con los errores; pero, como "según el aviso del Apóstol, por la *filosofía* y *vana falacia* "suelen ser engañadas las mentes de los fieles cristianos,

(16) S. Pau. ad Rom. c. 1, v. 18.—(17) Ps. 73, v. 22.

"y es corrompida la sinceridad de la fe en los hombres, "los supremos Pastores de la Iglesia siempre juzgaron ser "también propio de su misión promover con todas sus "fuerzas las ciencias que merecen tal nombre, y á la vez "proveer con singular vigilancia para que las ciencias hu-"manas se enseñen en todas partes según la regla de la fe "católica, y en especial la filosofía, de la cual sin duda de-"pende en gran parte la recta enseñanza de las demás "ciencias".—Hé aquí el fundamento del derecho que asis-te á la Iglesia, de intervenir en la dirección de la razón, en el terreno puramente filosófico .... "La causa fecunda de "todos los males que nos oprimen, y de los que tememos, "consiste en que los perversos principios sobre las cosas "divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escue-"las de los filósofos, se han introducido en todos los órde-"nes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de "muchos".—Hé aquí el motivo urgentísimo que resuelve al Maestro universal al ejercicio más seguro y eficaz del derecho de intervención en la enseñanza filosófica: "por-"que aunque no atribuimos, prosigue, tal fuerza y autori-"dad á la filosofía humana, que la creamos suficiente para "rechazar y arrancar todos los errores .... pero no se han "de despreciar ni posponer los auxilios naturales, que por "beneficio de la Divina Providencia, que dispone fuerte y "suavemente todas las cosas, están á disposición del género "humano; entre cuyos auxilios consta ser el principal, el "recto uso de la filosofía, á la cual justamente atribuye "San Agustín aquello con que la fe salubérrima se engen-"dra, se nutre, se defiende, se consolida".—¿Qué os pare-ce, señores, de estas primeras enseñanzas? ¿No son pro-fundas? no son luminosas? no son dignas de nuestra me-ditación?—Apoyado el Padre Santo en estas premisas, se extiende maravillosamente explicando las utilidades, ven-tajas y servicios que puede prestar una recta filosofía á nuestra adorable Religión.

"La filosofía, nos dice con Clemente Alejandrino, es "la previa institución á la fe cristiana y el pedagogo del "Evangelio; y con Orígenes, es el preludio y auxilio "del cristianismo. La razón es porque Dios no nos mani-"festó solamente verdades inaccesibles á la mente huma-"na, sino también nos reveló verdades que no superan "del todo las fuerzas naturales; para que sobreviniendo la "autoridad de Dios, al punto y sin ninguna mezcla de "error, se hiciesen á todos manifiestas. La filosofía, añade,

"granjea á la palabra de Dios plenísima fe y autoridad; y "demuestra que los que creen en el Evangelio, no creen "temerariamente, como si siguiesen doctas fábulas, sino "que con un obsequio del todo racional, sujetan su inteli-"gencia y su juicio á la divina autoridad ..... Requiérese, "continúa, un uso perpetuo y múltiple de la filosofía para "que la Sagrada Teología tome y vista la naturaleza, hábito "é índole de verdadera ciencia ..... En fin, la ciencia fi-"losófica está llamada á defender religiosamente las verda-"des enseñadas por revelación, y á resistir á los que se "atreven á impugnarla, de modo que por este lado la filo-"sofía puede considerarse como baluarte de la fe y firme "defensa de la Religión ..... Mas, para que la filosofía "sea capaz de producir estos preciosos frutos, es de todo "punto necesario que jamás se aparte de aquellos trámites "que siguió la veneranda antigüedad de los PP., y aprobó "el Sínodo Vaticano con el solemne sufragio de la autori-"dad".—He aquí las tesis principales, los principios más fecundos que N. P. Santo desenvuelve con un aparato de erudición admirable, con tan poderosa fuerza de raciocinio, que considerándole solamente como filósofo, la razón hu-mana tiene que aclamarle como genuino intérprete de la misma Verdad, como Doctor del mundo, como el *Lumen in cœlo.*

Antorcha luminosa de divina Sabiduría, León XIII con su Encíclica *Aeterni Patris*, acude al remedio de uno de los más funestos males de nuestros días, llamando á un centro de unidad doctrinal no sólo la fe, sino también la razón de todos los católicos. Desde que el infeliz Lutero sustituyó el examen privado al magisterio infalible de la Iglesia, desde que Descartes levantó el grito de emanci-pación filosófica; la razón humana, perdido el norte de sus caminos y oculta su estrella polar, navega á la ventu-ra en mares turbulentos, que á cada paso le presentan sirtes engañosas y vorágines tremendas que la sepultan en los abismos de la duda universal, donde vemos multiplicarse sin fin tantos maestros como soñadores, tantos sofistas co-mo ignorantes, y tantos doctores como hombres impíos y blasfemos. De aquí nace que el estudio de la filosofía en nuestros días se reduce en su mayor parte al examen de las aberraciones y delirios humanos, que no á la investiga-ción tranquila de la verdad: se enseña á los jóvenes qué no es la verdad; y como hay tantas cosas que no son ver-daderas, apenas queda tiempo al profesor católico para

explicar qué es por fin la verdad. Recorred en prueba de ello un texto cualquiera, de Ideología, por ejemplo: su autor pasará en revista prolija todos los errores contemporáneos y no contemporáneos; os hablará de lo que dijeron sobre el origen de las ideas Tolland, Hobbes, Helvecio, Volney, d' Holbac, Locke, Condillac, Compté, Laromiguiére, Descartes, Leibnitz, Wolf, Rosmini, Kant, Fichte, Schelling, Cousin, &., &.; se refutarán, quién sabe cómo, todos esos sistemas; y cuando las mente juveniles estén repletas de cuarenta mil ideas inconexas, y habituadas á dudar de todo, se les presentará, no sin algún recelo, el sistema escolástico como más razonable y á todos preferible. Esta es, señores, una injusticia clamorosa. Si la razón iluminada por la fe está en posesión de la verdad, la razón iluminada por la fe es la única que tiene legítimo derecho para pronunciar afirmaciones categóricas. Por esto León XIII, llamando la razón católica á un solo centro de unidad doctrinal, acude al remedio de uno de los más graves males de nuestro siglo, y nos empeña justísimamente en aceptar el método de la afirmación, enseñando ante todo á las nacientes generaciones qué es, y dónde se encuentra la verdad.

Lumen in cœlo, León XIII con su Encíclica acomete la ardua empresa de promover una verdadera restauración filosófica del modo más eficaz y suave. Dos son, señores, los caracteres del sabio gobierno de la Divina Providencia: la eficacia y la suavidad. La eficacia en el alcanzar sus fines, la suavidad en el disponer los medios. *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (18). Esto hace el Padre Santo en su Encíclica: anhela, recomienda, insta, ruega á todo el episcopado católico, que acepte sus insinuaciones y ponga manos á la obra: ved ahí la suavidad. Mas al mismo tiempo discurre, arguye, demuestra, convence, persuade; enseñoreado de esta grande idea medita, escribe, inculca, excogita los medios más seguros á fin de coronar su empresa .... ved ahí la eficacia.

Lumen in cœlo, León XIII dicta á todos los Pastores de la Iglesia la medida más oportuna en la época actual. Sí, para salvar los grandes intereses de la verdad es necesario cambiar de táctica y aprovechar de la ocasión. Hasta hoy, desde la emancipación filosófica, la verdad ha sostenido una guerra defensiva. El largo y gloriosísimo Pontificado de Pío IX luchó á brazo partido con todos los

(18) Sap. c. 8, v. 1.

errores, de uno en uno. Roto ya el error en los temerarios asaltos que ha dado á la Iglesia, ¿qué queda á esta Maestra infalible sino perseguir en guerra ofensiva al enemigo, para impedirle toda reacción posible? Hagámoslo, pues, dice León XIII; y tanto más, cuanto que el momento es solemnísimo y la ocasión muy oportuna. Y á la verdad, señores: ¿no advertís cuán diversa es la situación de la Iglesia desde la definición del dogma de la infalibilidad Pontificia? Hoy por hoy, al menos que yo sepa, en el terreno de la especulación no es tan cruda la guerra del error contra la Verdad, como en el terreno práctico la guerra á muerte de los pueblos contra los Reyes. Los pueblos van en Europa sacando las consecuencias prácticas de la filosofía descreída; y ved á los Reyes sosteniendo trémulos las coronas que bambolean en sus cabezas á su vez mal seguras sobre sus hombros. ¡Pobres reyes de la tierra! ayer vendieron al Justo por complacer á los filósofos; mañana habrán de pedirle perdón de rodillas, si quieren salvar la vida propia y sus dinastías!

Lumen in cœlo, León XIII triunfará con su Encíclica. ¿Sabéis por qué? Porque ya se acaba el siglo XIX. Un muy previsor y célebre apologista, el Conde de Maistre escribió esto: "Si el siglo XVIII proclamó al espirar los derechos del hombre; el siglo XIX proclamará al morir los derechos de Dios". Respetable predicción que comienza á realizarse por la Encíclica *Aeterni Patris*. Pero si el documento pontificio prueba en parte la exactitud de la predicción; á su vez la predicción asegura el éxito al documento pontificio. La razón en que me apoyo para afirmar esto es más alta, porque es divina. "Los pueblos, "dice el Sabio, no son incurables: no es el exterminio su "remedio, ni la tierra es el reino de los infiernos; porque "la justicia es perpetua é inmortal" (19). Cuando negra tempestad se desata en granizo, truenos y relámpagos; la misma tempestad presagia un día sereno y bonancible: y cuando el mal intenta traspasar sus últimas fronteras; entonces le detiene Dios y le echa atrás para salvar los pueblos. Así el exceso del mal es presagio del bien; y las dolorosas experiencias aseguran las grandes reacciones. León XIII triunfará con su Encíclica. ¿Qué de sabios, qué de Academias, qué de familias religiosas no han llevado á la Santa Sede testimonios de la más sincera adhesión

(19) Sap. c. 1, v. 14 y 15.

á la Encíclica? Los Cardenales, los Obispos de Italia, de Francia, de España, de Bélgica.... los católicos todos se unen en el propósito con el Padre Santo; á fin de que si en el siglo XVIII la falsa filosofía proclamó los derechos del hombre, en el siglo XIX la restauración de la filosofía cristiana proclame los derechos de Dios. Hijos de Sión, alegráos y regocijáos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un Doctor de la justicia. *Filii Sion, exultate et lætamini in Domino Deo vestro, quia dedit vobis Doctorem justitiæ.*

III

Considerado hemos la Encíclica de Nuestro Padre Santo en sus principios más fecundos: considerémosla ya en su consecuencia más práctica. Esta consecuencia práctica realiza la profecía de Joel aplicada á la Iglesia: El "Señor Dios vuestro hará descender sobre vosotros el rocío "de la mañana y de la tarde, como en un principio: *et des-"cendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum sicut "in principio*". Tarde llego, señores, á lo que es el principal objeto de esta solemnísima fiesta. Perdonádmelo: porque tengo para ello una razón muy poderosa. Delante de ese objeto sublimísimo mi mente se abruma, mi corazón se conturba, desfallece mi espíritu. Tan débiles son nuestros ojos, que cuando se atreven á desafiar los rayos del sol que en límpido cielo campea á medio día, necesariamente se anublan y ofuscan y pierden el criterio de los colores de las cosas. Tan estrecho es nuestro espíritu que cuando por vez primera contemplamos el grande océano, piérdese como una de esas gotas infinitas del mar en sus profundos abismos ó en su aterradora inmensidad. Tal me acontece hoy cuando por primera vez contemplo desde este púlpito de mis hermanos, á ese Angel radiante á quien León XIII devuelve el cetro de la ciencia; de aquella ciencia que es el único rocío fecundante de la mañana y de la tarde en el jardín florido de la Iglesia: *et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum, sicut in principio.* Siempre amé, y ame con ternura infantil á Santo Tomás de Aquino. Entre los grandes beneficios de que me reconozco deudor á la Divina Providencia, uno es principalísimo el haber conformado mi mente, aunque tan estrecha en sus alcances y escasa en sus fuerzas, de modo que

siempre ha simpatizado con la Verdad y ha odiado casi por instinto la mentira. No puede un hombre amar la Verdad y aborrecer la mentira, sin amar muy tiernamente á Santo Tomás de Aquino. Cuando abracé la vida religiosa, mi Madre, la Compañía de Jesús, creyéndome, sin merecerlo, capaz de penetrar en el templo de la sabiduría, condújome hacia él; y en el pórtico mismo puso en mis manos un libro, diciéndome: *hé aquí tu Maestro.* Abrile y leí: *Summa Theologica Divi Thomæ.* De este modo el triunfo y gloria de Santo Tomás de Aquino es gloria y triunfo mío: y siéndolo mío, eslo también de mi Madre; porque yo nada pienso y quiero sino lo que quiere y piensa mi Madre. Este mi amor y ternura religiosa para con el Angel de las escuelas; esta convicción profundísima que siempre he tenido de que sus celestiales doctrinas son el verdadero rocío fecnndante que hará florecer en la Iglesia y en las humanas sociedades el reinado pacífico de la Verdad y de la Sabiduría, son precisamente los obstáculos que me embarazan cuando trato de tomar alguna pequeña parte en la celebración del nuevo esplendidísimo triunfo que en la Iglesia militante alcanza hoy, merced á la Encíclica, la filosofía escolástica representada en primer término por Santo Tomás. Y á la verdad: ¿qué puedo yo decir en su elogio que sea capaz de satisfacer á mi devoción? ¿qué podéis vosotros oirme que no debáis, acaso justamente, atribuir en gran parte al ardoroso entusiasmo que inspira á un humilde y mal aprovechado discípulo la gloria inenarrable de su maestro? Si hablo de sus obras, no me satisface, señores, el decir que todas ellas anuncian un genio vasto y profundo, un juicio y discernimiento exquisitos, una claridad admirable, una precisión única. No me satisface el decir que ora Santo Tomás establezca sus tesis, ora desate las dificultades, es casi imposible á la razón humana añadir algo más á lo que él enseña. No me satisface el admirar con vosotros su solidez en el establecimiento de los principios, su exactitud en los raciocinios, la riqueza de su erudición, la seguridad de su método.

Hoy por hoy la superficialidad de nuestro siglo insulta al método escolástico, insulta al silogismo, y acusa á la filosofía de Santo Tomás de haberse perdido en vanas sutilezas: pero yo podría demostrar con incontestables argumentos que aun las discusiones escolásticas menos importantes por razón de su objeto producían en los espíritus efectos saludables; obligándolos, para sostener venta-